



DESCARGA

GRATUITA

 Editorial CLIE



**Como muestra
de gratitud por su compra,**

visite www.clie.es/regalos
y descargue gratis:

*“Los 7 nuevos descubrimientos sobre
Jesús que nadie te ha contado”*

Código:

DESCU24

MINISTROS DE JESUCRISTO

Ministerio, homilética y pastoral

José M^a Martínez

Editorial CLIE
www.clie.es



EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2020 por José M^a Martínez Martínez

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2020 Editorial CLIE

MINISTROS DE JESUCRISTO

ISBN: 978-84-17620-55-4

Depósito Legal: B 9865-2020

Ministerios cristianos

Recursos pastorales

Referencia: 225128

Impreso en los Estados Unidos de América / Printed in the United States of America

Contenido

Prólogo..... 13

PRIMERA PARTE

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL MINISTERIO

Capítulo I: El ministerio a la luz del Nuevo Testamento..... 19
Su naturaleza..... 19
Fines del ministerio..... 22
Tipos de ministerio..... 27

Capítulo II: Requisitos del ministro (I)..... 31
Vocación..... 31
La voz interior..... 32
El análisis de los móviles..... 33
La posesión de dones adecuados..... 34
El reconocimiento por parte de otros..... 36
La Providencia..... 36

Capítulo III: Requisitos del ministro (II)..... 38
Un carácter santificado (a)..... 38
Los requisitos del pastor, según Pablo..... 41
Los requisitos pastorales, según Pedro (I Ped. 5:1-4)..... 44

Capítulo IV: Requisitos del ministro (III)..... 47
Un carácter santificado (b)..... 47
Otros preceptos novotestamentarios..... 47

Capítulo V: Requisitos del ministro (IV)..... 55
Una preparación adecuada..... 55
Formación bíblica..... 56

Formación cultural	59
Formación humana.....	61
Capítulo VI: Los problemas del ministro	64
La soledad	64
Las tensiones familiares.....	65
Las dificultades de la obra.....	68
La insensibilización espiritual.....	69
El éxito	70
El fracaso	71
La depresión.....	73
Capítulo VII: Los recursos del ministro	77
El Espíritu Santo	78
La Palabra de Dios	79
La oración	82
El servicio	83
La comunión de los santos.....	85

SEGUNDA PARTE
EL MINISTERIO DE LA PREDICACIÓN
HOMILÉTICA

Capítulo VIII: La predicación cristiana	89
Su importancia	89
Definición.....	90
El contenido de la predicación.....	91
Palabra y Escritura	92
El Espíritu Santo y la predicación.....	93
El predicador, instrumento de comunicación.....	95
El auditorio y sus necesidades	98
La necesidad de un propósito.....	99
Capítulo IX: La preparación del sermón.....	102
Preparación general.....	103
Preparación especial.....	106
Preparación del propio predicador	114

CONTENIDO

Capítulo X: Tipos de sermones	116
Sermones doctrinales	116
Sermones apoloéticos.....	119
Sermones morales	121
Sermones sobre temas sociales	122
Sermones históricos	124
Sermones devocionales.....	126
Sermones evangelísticos	127
Capítulo XI: Materiales del sermón.....	131
Proposiciones básicas.....	131
Explicaciones	132
Argumentos.....	134
Ilustraciones	135
Aplicaciones.....	140
Capítulo XII: Estructura del sermón.....	143
Tema y título	143
Introducción	145
Puntos principales	146
La conclusión.....	151
Capítulo XIII: Clasificación de los sermones en función del texto	154
Temáticos	154
Textuales	156
Expositivos.....	159
Capítulo XIV: El estilo en la predicación.....	167
Dignidad.....	168
Claridad.....	169
Vigor	172
Fervor.....	172
Osadía	174
Capítulo XV: El acto de la predicación.....	176
Auditorio y atención	177
Factores externos de la predicación	179
Factores internos.....	183

Apéndice 1: La predicación como medio de comunicación..... 190

Apéndice 2: Decadencia y renovación del púlpito cristiano..... 208

TERCERA PARTE

EL MINISTERIO PASTORAL

SECCIÓN A: CURA DE ALMAS

Capítulo XVI: Concepto bíblico del pastorado	229
Necesidad del ministerio pastoral	229
El pastor a la luz de la Escritura.....	230
Responsabilidades pastorales.....	232
Características del pastor	235
Dimensiones de la obra pastoral	238
Capítulo XVII: Psicología y pastoral	241
Lugar de la psicología en la cura de almas	241
La personalidad humana	243
La estructura de la personalidad	245
Psicología y teología	249
Capítulo XVIII: El pastor como consejero	253
Finalidad de la cura de almas.....	254
Principios y reglas para el diálogo pastoral	255
El proceso de la orientación pastoral	259
Escollos a sortear	262
Capítulo XIX: Problemas de fe.....	265
Problemas intelectuales.....	266
Problemas morales	268
Problemas espirituales	268
Capítulo XX: Sentimientos de culpa	273
Concepto de culpa.....	273
Sentimiento de culpa y conciencia.....	275
Conciencia hipersensible o neurótica	276
Pecado y enfermedad	277
Reacciones inadecuadas producidas por el sentimiento de culpa	279
El único remedio	281

CONTENIDO

Capítulo XXI: Experiencias de tribulación	286
El sufrimiento a la luz de la Escritura	286
Temores y ansiedades	287
Enfermedad	289
Muerte	292
Capítulo XXII: Problemas conyugales.....	296
Concepto bíblico del matrimonio.....	297
Causas frecuentes de conflictos conyugales	300
La actuación del pastor en los problemas matrimoniales	305
Capítulo XXIII: La problemática de la juventud	309
Características de la juventud	309
Dificultades propias de la juventud.....	313
Cómo tratar a los jóvenes.....	316
Capítulo XXIV: Problemas en relación con la iglesia.....	319
Apatía.....	319
Discordia entre los miembros	322
Bandos y grupos de oposición	325
Capítulo XXV: La disciplina.....	330
Significado bíblico del término.....	330
La acción disciplinaria de la Iglesia.....	331
La excomunión.....	333
SECCIÓN B: EL PASTOR COMO DIRIGENTE	
Capítulo XXVI: La autoridad pastoral.....	340
Conceptos de autoridad.....	340
La autoridad en la Iglesia.....	341
La autoridad de los pastores.....	343
Capítulo XXVII: La organización en la iglesia	347
Factores determinantes de la organización	349
Capítulo XXVIII: La función directiva	355
Estructuración	355
Acción directiva	358

Capítulo XXIX: Las relaciones humanas en la gestión directiva.....	364
Conocimiento de los seres humanos.....	364
Atención a la persona.....	365
Reconocimiento de sus necesidades sociales.....	366
Capacidad integradora.....	366
Capacidad estimuladora.....	367
Capacidad para aceptar sugerencias y críticas.....	368
Capítulo XXX: Reuniones administrativas.....	370
Reuniones de iglesia.....	370
Reuniones de junta.....	373
Capítulo XXXI: La dirección del culto.....	376
Observaciones generales.....	377
Partes del culto.....	378
Cultos especiales.....	382
Capítulo XXXII: La iglesia local y la evangelización.....	385
Responsabilidad de la Iglesia en la evangelización.....	385
Metodología de la evangelización.....	387
Medios de la iglesia para la evangelización.....	389
Capítulo XXXIII: La enseñanza.....	395
Alcance de la instrucción cristiana.....	396
Clave de la enseñanza eficaz.....	397
Actividades educativas en la iglesia.....	399
Planificación y coordinación de la enseñanza.....	402
Capítulo XXXIV: Comunión y servicio.....	404
Significado de la comunión en el Nuevo Testamento.....	404
Elementos de la comunión.....	405
Necesidad de la comunión.....	407
Cómo fomentar la comunión en la iglesia.....	408
Grupos de estudio bíblico y comunión.....	409
El servicio, fruto de la comunión.....	413
EPÍLOGO.....	416
SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA.....	421

Capítulo I

El ministerio a la luz del Nuevo Testamento

SU NATURALEZA

El ministerio cristiano es un don del Señor glorificado a su Iglesia para que ésta sea edificada y se expanda en la tierra.

En un sentido amplio, la Iglesia entera tiene encomendado un ministerio (Ef. 4:12). El conjunto de los santos constituye el cuerpo de Cristo (Ef. 4:15, 16; Rom. 12:4, 5; I Cor. 12:12-27) mediante el cual el Salvador se da a conocer en el mundo. La Iglesia en su totalidad ha recibido la gran encomienda de predicar el Evangelio; es el «pueblo adquirido para anunciar las virtudes de Aquel que lo llamó de las tinieblas a su luz admirable» (I Ped. 2:9). Paralelamente, y con objeto de que esté capacitada para cumplir más eficazmente su misión, la Iglesia debe crecer espiritualmente (Ef. 4:13-16). Pero este desarrollo exige una labor formativa que no se lleva a cabo por todos los miembros, sino por algunos, especialmente capacitados y «dados» por el Señor mismo (Ef. 4:7-11). Es a estos hombres a quienes, en un sentido más restringido, se da en el Nuevo Testamento el nombre de ministros. Sus características y su labor constituye el objeto de esta obra.

Lo que ya de entrada hemos señalado muestra la naturaleza del ministerio cristiano. No es el resultado de una decisión humana, sino de un propósito divino. Su realización es una manifestación más de la gracia divina. Es la acción, siempre admirable, paradójica, de un Dios santo y todopoderoso a través de hombres pecadores y débiles. Es el «tesoro» del conocimiento de la «gloria de Dios» contenido en «vasos de barro» (II Cor. 4:6, 7), una maravilla análoga a la que se observa en la Biblia y —en un sentido aún superior— en la persona de Jesucristo:

lo divino y lo humano se entrelazan para llevar a cabo el plan de Dios de darse a conocer a los hombres a fin de salvarlos.

Esto hace del ministro un «colaborador de Dios» (I Cor. 3:9), lo que le confiere un honor inestimable. Pero tal sinergismo debe entenderse y vivirse con la humildad de quien se sabe profundamente indigno por naturaleza y ensalzado solo por la gracia de Dios (I Cor. 15:10). El ministerio no tiene su base en un contrato entre Dios y sus ministros. Es una dignidad que El confiere a quienes llama en Jesucristo según su voluntad soberana.

Así resulta que el verdadero sujeto del ministerio es Cristo mismo, pues es El quien «*dio* a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros» (Ef. 4:11). Por supuesto, no debe deducirse que el ministro cristiano es un simple objeto, un instrumento inerte y totalmente pasivo. Nada más lejos de la realidad, pues en el ministerio halla quien a él es llamado la más plena realización de su persona, de sus facultades y de su acción. Pero sí se desprende claramente que el siervo de Jesucristo solo cumple realmente su ministerio cuando se mantiene en una actitud de dependencia de su Señor, cuando es consciente de que la característica esencial de su trabajo es la de instrumentalidad. Lo que es y lo que hace debe estar siempre bajo la soberanía y la dirección del Espíritu de Dios, dado por Cristo a su Iglesia para formarla y guiarla. No caben, por tanto, autonomías de tipo humano y menos aún ansias de poder o de gloria personal.

Los términos griegos usados en el Nuevo Testamento para designar al ministro cristiano son a este respecto altamente significativos. Consideremos los más importantes:

Diákonos. Tiene el significado de siervo, persona que ejecuta lo que otra le manda. En el Nuevo Testamento tiene una amplia aplicación. Es de destacar su referencia a Cristo (Luc. 22:27), el Siervo por excelencia, el *Ebed-Yahvéh* de Isaías, venido al mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre que le había enviado. Se aplica también el discípulo de Jesús (Mt. 20:26; 23:11 y pasajes paralelos; Jn. 12:26); más a menudo, a los apóstoles y sus colaboradores (I Cor. 3:5; II Cor. 3:6; 6:4; Ef. 3:7; 6:21; Col. 1:7, 23, 25; 4:7; I Tes. 3:2) y, lógicamente, a los diáconos de las iglesias apostólicas (I Tim. 3:8).

Dulos (esclavo). Esta palabra enfatiza aún más que la anterior la idea de servicio en sumisión absoluta a la voluntad de un señor. A esta posición se humilló el Hijo de Dios (Fil. 2:7) y en ella deben mantenerse sus ministros. Es de notar el uso que los apóstoles hacen de

este término para expresar su relación con Cristo (Rom. 1:1; Gál. 1:10; Sant. 1:1; II Ped. 1:1).

Hyperetes (vocablo compuesto de la preposición *hypo*, bajo, y *eretes*, remero). Era antiguamente el que remaba en una nave a las órdenes de un patrón y se aplicaba a quien actuaba bajo la dirección de otro. Lucas en su evangelio se sirve de esta palabra para referirse a los testigos de Jesús, «ministros de la palabra» (1:2) y Pablo se la apropia para ai mismo (Hec. 26:16; I Cor. 4:1).

Oikonomos (administrador). Pablo lo emplea para ilustrar la tarea de los ministros cristianos (I Cor. 4:1, 2; Tito 1:7) de administrar «los misterios de Dios», es decir, las verdades reveladas por Dios mismo y que nosotros hallamos ahora en la Escritura. El ministro no puede ni sustituir ni adulterar esas verdades.. Al servir a los miembros de la familia de Dios, la Iglesia, ha de limitarse a dar sabiamente lo que antes ha recibido del Señor de la casa (*oikodespotes*), a las órdenes del cual trabaja¹.

Por otro lado, conviene subrayar un aspecto negativo del ministerio cristiano. Queda descartada de él toda idea de función sacerdotal al estilo levítico o católico-romano. El ministro es un administrador espiritual, un maestro de la Palabra para la edificación de sus hermanos o para la evangelización (II Tim. 4:5). Pero *no* le han sido dadas prerrogativas de mediador o sacrificador. Es importante observar que en el Nuevo Testamento no aparece el nombre *hierurgos* (sacerdote que ofrece sacrificios) y el verbo *hierurgeo* es usado por Pablo una sola vez en sentido metafórico (Rom. 15:16); en este texto el apóstol habla de los gentiles convertidos mediante su predicación como una ofrenda aceptable a Dios, santificada por el Espíritu Santo; pero el servicio que a él le había correspondido fue simplemente el de comunicar el Evangelio.

La Iglesia ha sufrido graves males siempre que el sacerdotalismo la ha invadido, cuando sus ministros han pretendido arrogarse funciones superiores a las que claramente se hallan establecidas en la Palabra de Dios. Nadie debiera olvidar la tragedia del rey Uzías (II Crón. 26:16-21). Aun en las iglesias evangélicas, donde suele enfatizarse la doctrina

¹ Véase el sabroso comentario que sobre la palabra *oikonomos* hace John R. W. Stott en su obra *El cuadro bíblico del predicador* (Cap. 1, Edit. CLIE). Sobre el ministerio en general, consúltese la 5.^a parte de *La Iglesia, cuerpo de Cristo*, por Francisco Lacueva, tomo VI, de este *Curso de Formación Teológica Evangélica*.

del sacerdocio universal de todos los creyentes —que nada tiene que ver con un sacerdocio intermediario—, se han dado no pocos casos de hombres que han detentado una autoridad despótica, negación del concepto bíblico del ministerio.

Los vocablos griegos que hemos mencionado nos dan los rasgos esenciales del auténtico ministro. Comparar nuestra imagen ministerial con la imagen novotestamentaria y efectuar las correcciones necesarias es un ejercicio a menudo incómodo, pero siempre saludable, al que estamos obligados.

FINES DEL MINISTERIO

Cuando Lucas hace mención expresa de ministro y ministerio de la Palabra (Luc. 1:2; Hec. 6:4), resalta la importancia que ésta tenía en la misión apostólica. Cualquier forma de ministerio ha de tener en el fondo una finalidad primordial: comunicar la Palabra de Dios. Esta comunicación presenta en el Nuevo Testamento dos formas principales: la evangelización y la enseñanza. Los apóstoles fueron llamados a predicar el Evangelio del Reino de Dios (Luc. 3:14; 9:2; Hec. 10:42) y a instruir a los creyentes dándoles a conocer toda la verdad de Dios, exponiéndoles todas las implicaciones espirituales, morales e incluso sociales que la aceptación del Reino comporta. En el texto de la gran comisión, aparecen con igual relieve la evangelización y enseñanza como elementos básicos de la labor encomendada a los discípulos de Jesús (Mat. 20:19, 20). Y Pablo, el gran ministro de Cristo, mostró una visión clara de su vocación cuando expuso a los creyentes de Colosas lo esencial de su labor y la meta de la misma: «Anunciamos a Cristo, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Col. 1:28).

En la práctica, no debiera dissociarse nunca la evangelización de la enseñanza. El evangelista ha de saber enseñar y el maestro debe evangelizar. El Señor mismo nos da ejemplo de la combinación de ambas actividades (Mt. 4:23) y su ejemplo fue seguido por los apóstoles (Hec. 15:35). Toda dicotomía entre ambos modos de ministrar la Palabra puede tener resultados deplorables. La evangelización sin enseñanza suele conducir a la superficialidad; la enseñanza sin evangelización, al anquilosamiento. Este doble fenómeno ha podido verse lastimosamente durante los últimos tiempos en algunos sectores de la Iglesia cristiana. Aun admitiendo la conveniencia de especialistas en cada una de las

formas de ministerio cristiano, hemos de convenir con la declaración hecha por Cari F. H. Henry en el Congreso Mundial sobre Evangelización, celebrado en Berlín el año 1966: «En estos últimos años hemos de esforzarnos por llegar a ser teólogos-evangelistas más que seguir siendo solo teólogos o solo evangelistas»².

Sin embargo, con objeto de facilitar la comprensión de los fines del ministerio y de su enorme importancia, consideraremos por separado cada uno de ellos.

La evangelización

Dos son los verbos más usados en el Nuevo Testamento para indicar el anuncio del Evangelio en su alcance universal: *evangelizo* (anunciar una buena noticia) y *kerysso* (proclamar).

El primero de estos verbos solía usarse para comunicar la nueva de un gran acontecimiento, generalmente de carácter militar, como era la victoria sobre un ejército enemigo. Con ese significado aparece *evangelizo*, por ejemplo, en la Septuaginta, cuando entre los filisteos cundió la noticia de la derrota de Saúl (I Sam. 31:9; comp. II Sam. 1:20). Sentido análogo, aunque en un plano más trascendente, tienen los anuncios de Isaías relativos a la irrupción victoriosa de Dios en la historia de su pueblo (Is. 40:9; 52:7). El Reino de Dios se hace realidad con todas sus bendiciones maravillosas (Is. 61:1 y ss.). Idéntica línea de pensamiento sigue Juan el Bautista (Luc. 3:18; comp. Mat. 3:2). Cuando Jesús anuncia el Evangelio lo hace dentro del mismo marco de ideas (Lc. 4:43). Y los apóstoles no se salen de él; predicán a Jesucristo (Hec. 5:42; 11:20; 17:18) en estrecha relación con el Reino de Dios (Hec. 8:12). ¡Jesucristo ha venido! es el anuncio evangélico, con lo que se quiere decir: Jesucristo es el enviado del Padre como Señor y Salvador. No solo es portavoz del Reino; es el Rey mismo. Con sus prerrogativas divinas, trae perdón a los hombres que le reconocen y reciben e instauro entre ellos un nuevo orden de justicia, paz y amor. Las fuerzas del mal han sido vencidas; la misma muerte ha sido derrotada; el poder del Espíritu de Dios va a conceder a los hombres libertad y vida en su sentido más amplio y profundo. ¿Podía haber noticia más sensacional que ésta? Comunicarla al mundo era —y es— evangelizar.

² *One Race, one Gospel, One Task*, vol. 1, p. 13.

El verbo *kerysso* es sinónimo del que acabamos de considerar. Significa proclamar, transmitir públicamente un mensaje. El *keryx* (heraldo) proclama los mensajes oficiales de reyes, magistrados, príncipes o jefes militares. El contenido de su mensaje era siempre importante y estaba revestido de la autoridad de quien lo enviaba. Esto explica que en el Nuevo Testamento se use también el mencionado verbo en relación con el Reino que en Cristo ha empezado a manifestarse en el mundo (Mat. 4:23; Me. 1:14. Le. 4:18, 19; Hec. 28:31). Por razón análoga a la expuesta en el párrafo anterior, Jesucristo es el centro de esta proclamación (Hec. 8:5; 9:20; 19:13; I Cor. 1:23; 15:12; II Cor. 4:5; Fil. 1:15). Solo una vez (Hec. 10:36) se habla de la proclamación del Evangelio de la paz —y aun ésta por mediación de Jesucristo.

Este detalle es importante. Con demasiada frecuencia, la predicación del Evangelio es una mera presentación de los beneficios que una persona puede obtener al aceptar a Cristo como Salvador. Eso es —dicho sea con todo respeto— una evangelización comercializada. El Evangelio de Jesucristo se convierte simplemente en el evangelio de la salvación; deja de ser Cristo-céntrico y degenera en un mensaje antropocéntrico. El énfasis recae no en el señorío de Jesucristo, sino en la felicidad del creyente; no en la sumisión al Señor, sino en el disfrute de lo que El puede darnos. Con tal tipo de predicación no es de extrañar que muchos se conformen —¡como si ello fuera posible!— con la esperanza del cielo, pero ignorando el nuevo régimen moral en que deben vivir todos aquellos que han sido realmente objeto de la acción redentora de Dios, «el cual nos ha librado de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo (Col. 1:13. Subráyese la palabra «reino»).

A través de la proclamación del Evangelio, se dan a conocer los grandes hechos salvíficos de Dios realizados en y por Cristo (su encarnación, muerte, resurrección y exaltación) de acuerdo con las profecías del Antiguo Testamento. Jesús mismo fue el primer heraldo en este sentido (Lc. 4:18 y ss.). Con El, el Reino ha llegado; lo escatológico de otro tiempo se ha hecho realidad presente.

Esta realidad debe seguir siendo anunciada. No es el contenido de una doctrina esotérica. Es el testimonio de lo que Dios ha hecho en favor de los hombres de todo el mundo para su liberación del pecado, de la frustración y de la muerte, y debe ser proclamado abiertamente,

universalmente. Con esta misión envía Cristo a sus mensajeros. Aunque la palabra de Cristo hubiese sido escrita de inmediato, no bastaba este medio de comunicación. Por supuesto, la Iglesia o cualquiera de sus ministros debe basar plenamente su mensaje en la Sagrada Escritura. Pero, según parece, es plan de Dios hablar al hombre a través de la palabra encamada. De aquí que, cuando el Verbo humanado, Jesucristo, había de ausentarse físicamente del mundo, comisionara a los apóstoles y sus colaboradores para ser sus heraldos. Como afirma Gerhard Friedrich, «la verdadera proclamación no tiene lugar por la Escritura sola, sino por medio de su exposición (Lc. 4:21). Dios no envía libros a los hombres; envía mensajeros»³.

El propósito de la proclamación es que los oyentes lleguen a la reconciliación con Dios, lo cual es el principio de su experiencia de salvación. Solo cuando el hombre depone su actitud de rebeldía y se rinde a Dios aceptando su autoridad y sirviéndole en conformidad con su voluntad revelada, alcanza la plenitud de su humanidad, la meta gloriosa para lo cual fue creado. Por tal motivo, el llamamiento solemne a la reconciliación con Dios es inherente a la proclamación del mensaje. Tan trascendental es este aspecto del *kerigma* que convierte al heraldo en embajador de Dios ante los hombres (II Cor. 5:18-20). No cabe mayor privilegio. ¡Ni mayor responsabilidad!

Los apóstoles fueron conscientes de lo uno y de lo otro. Por ello, sus mensajes iban acompañados de invitaciones, mesuradas pero penetrantes, al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo (Hec. 2:38, 39; 3:19-26; 10:43 implícitamente; 17:30-31). Su ejemplo habría de ser recordado siempre y, tal vez, de modo especial en nuestros días. No debiera haber invitación sin «proclamación» —exposición clara de la obra salvadora de Dios en Cristo—, ni proclamación sin invitación, como muy atinadamente señala J. Stott⁴.

La enseñanza

La persona que acepta el mensaje de la proclamación evangélica adquiere un compromiso muy superior al de la simple adhesión a un credo. Se convierte de sus «ídolos» —sean cuales fueren— a Dios para seprir

³ *Kittel's Theol. Dict. of the N.T.*, vol. III, p. 712.

⁴ *Op. cit.*, p. 59.

al Dios vivo y verdadero (I Tes. 1:9). Y esto no es sino el comienzo de una larga experiencia para la cual necesita la adecuada instrucción. El converso, al rendirse al Señor Jesucristo, ha sido hecho ciudadano del Reino de Dios. Pero ha de aprender muchas cosas acerca de lo que esa ciudadanía implica. En él se produce un cambio de pensamientos y de sentimientos; pero debe haber igualmente un cambio de relaciones con Dios y con sus semejantes. Ha de aprender a adorar, a amar, a servir, a combatir contra toda forma de pecado, con la dignidad que corresponde a su privilegiada posición espiritual. La proclamación del Evangelio le ha introducido en el Reino; la enseñanza le ayuda a avanzar en él.

La importancia de este aspecto del ministerio se echa de ver ya en el método de Jesús, quien desde el principio hizo de su obra una conjugación simultánea de los verbos *evangelizo* o *kerysso* y *didasko* = enseñar (Mt. 4:23). No solo fue el gran Heraldo de Dios; fue el Maestro por excelencia (Mt. 21:23; Me. 1:21, 6:6, 12:35; 14:29; Luc. 4:15, 6:6; Jn. 6:59, 7:14, 18:20). Ejemplo de su enseñanza incomparable lo tenemos en su llamado sermón del monte, cuyo contenido asombró a sus oyentes (Mt. 7:29). Los apóstoles siguieron sus pisadas con gran efectividad (Mc. 6:30; Hec. 4:2; 5:21, 42; 11:26; 15:1, 35; 18:11; 20:20). Pablo, otro gran maestro, pone gran empeño en que sus colaboradores se dediquen a la misma actividad didáctica (I Tim. 4:13) con miras a establecer un círculo cada vez más amplio de enseñadores (II Tim. 2:2). Y con objeto de mantener esta forma de ministerio en el plano de prioridad que le corresponde, Pablo exige que los ancianos de las iglesias sean aptos para enseñar (I Tim. 3:2). Solo mediante una enseñanza sólida podría la Iglesia arraigarse y ser edificada en Cristo (Col. 2:7) de modo que pudiera mantenerse firme frente a los embates del error (Ef. 4:14; Tit. 1:9-11).

Un estudio cuidadoso de los textos citados, y de otros que podríamos añadir, nos permitiría observar la finalidad de la *didaskalia* cristiana. El creyente debía ser instruido en «todo el consejo de Dios» (Hec. 20:27), en el conocimiento de todas las verdades reveladas; pero este conocimiento, a diferencia de la *gnosis* de los griegos, no era algo simplemente intelectual; había de inspirar y determinar la conducta en todos los órdenes de la vida. El ministerio docente en la Iglesia tiene por objeto llevar a sus miembros a la *ortodoxia*, pero también a la *ortopraxis*. El divorcio entre ambas fue en los primeros tiempos de la Iglesia —y lo ha sido siempre— una herejía. Las cartas pastorales de Pablo constituyen un tratado magistral sobre esta cuestión.

TIPOS DE MINISTERIO

Son varios los pasajes del Nuevo Testamento en los que se mencionan las diversas formas de ministerio cristiano. En algunos casos, aparecen más bien como actividad correspondiente al ejercicio de un don especial (Rom. 12:3-8). Pablo distingue entre «dones», «ministerios» y «operaciones» (I Cor. 12:4-6), pero en estrecha interrelación. Detrás de toda «operación» hay un carisma que la inspira e impulsa. Cuando tal acción es realizada más o menos frecuentemente por una misma persona, puede considerarse que su actividad especial es un ministerio. Así parece desprenderse de la enumeración hecha por el apóstol en I Cor. 12:28, en la que, a la mención de los ministerios de los apóstoles, profetas y maestros, sigue la de una serie de dones. Es significativo, no obstante, observar que los tres primeros ocupan un lugar de especial prominencia; luego siguen los demás, como algo complementario. La Iglesia ha subsistido en algunas épocas sin manifestaciones ostensibles del don de lenguas o de sanidades; pero podemos preguntarnos qué habría sido de ella si hubiese carecido de los apóstoles —lo que nos habría privado del Nuevo Testamento— y de los maestros que nos han ayudado a profundizar en su mensaje.

La lista que tal vez podemos considerar más definitiva es la que hallamos en Ef. 4:11, la cual coincide con la primera parte de I Cor. 12:28.

Apóstoles

Si atendemos únicamente al significado literal de la palabra *apóstolos* (delegado, mensajero, enviado), puede decirse que todo cristiano es un apóstol. Pero en el Nuevo Testamento el término se reserva generalmente a los doce discípulos escogidos por el Señor para que le acompañaran y después fuesen sus testigos, proclamadores del Reino de Dios con una autoridad especial. (Pablo sería más tarde incorporado al grupo con todas las prerrogativas de apóstol —Gál. 1:1). Después de la ascensión de Jesús, el Espíritu Santo haría en ellos una obra especial, enseñándoles y recordándoles todo lo que Jesús les había dicho (Jn. 14:26). De aquí que su proclamación y su enseñanza tuviesen la máxima autoridad y que a sus escritos se les atribuyese el rango de Escritura sagrada en pie de igualdad con el Antiguo Testamento (II Ped. 3:15, 16). La Iglesia está edificada «sobre el fundamento de los apóstoles y profetas», aunque «la principal piedra del ángulo es Jesucristo mismo» (Ef. 2:20). Desaparecidos los apóstoles, no dejaron más sucesores que

sus escritos del Nuevo Testamento, a los que la Iglesia debe volver su atención reverente para recibir la orientación y el estímulo que en cualquier momento necesita.

Profetas

Este ministerio era eminentemente carismático. Tenía por objeto comunicar un mensaje recibido directamente de Dios con destino a la congregación cristiana para su «edificación, exhortación y consolación» (I Cor. 14:3, 31, Hec. 15:32), o bien para convencer de sus pecados a los inconversos (I Cor. 14:24 y ss.). En su sentido estricto, el profeta de la era apostólica tampoco necesitaba sucesores. Cuando los evangelios y demás escritos del Nuevo Testamento llegaron a las iglesias, éstas encontraban en ellos lo que precisaban para su instrucción, admonición y desarrollo espiritual. A partir de ese momento, la veracidad del mensaje de cualquier predicador dependería no de nuevas revelaciones divinas, sino de su conformidad con la verdad de la Palabra escrita.

El ministerio apostólico y el profético fueron temporales. Las tres formas restantes de ministerio —a las que vamos a referirnos a continuación— han permanecido en la Iglesia para la expansión y el desarrollo espiritual de la misma.

Evangelistas

Este sustantivo aparece solo tres veces en el Nuevo Testamento (Hec. 21:8, Ef. 4:11 y II Tim. 4:5). El ejemplo de Felipe nos ayuda a comprender la misión del evangelista: dar a conocer el Evangelio a personas que lo desconocen. Recuérdese su labor en Samaria y en el camino a Gaza (Hec. 8). Los evangelistas eran colaboradores especiales de los apóstoles en la gran tarea de extender el Evangelio a nuevos campos. Podrían ser considerados como precursores de los misioneros de tiempos posteriores.

No debe perderse de vista que este tipo de trabajo exige un don especial. Aunque es cierto que todo cristiano es llamado a evangelizar, no lo es menos que las grandes empresas evangelísticas o misioneras deben ser realizadas por hombres a quienes Dios ha dotado previamente de unas características concretas que les permita, como pioneros, introducir eficazmente el Evangelio donde otros, menos dotados, probablemente fracasarían.

Pastores y maestros

No se trata de dos formas de ministerio diferentes, sino afines y complementarias. Su esfera parece limitarse a la iglesia local, a diferencia de los ministerios anteriores que se extendían a la Iglesia en general. Era, sin duda, el ministerio principal de los «obispos», ancianos o pastores (términos sinónimos) de las iglesias locales.

La doble figura de pastor y maestro resalta la responsabilidad de guiar, alimentar, atender solícita y delicadamente la grey del Señor, pero siempre de acuerdo con la Palabra de Dios. Por eso, como ya hemos visto, uno de los requisitos del pastor es la capacidad para enseñar (I Tim. 3:2; Tito 1:9). Ello, sin embargo, no excluye la posibilidad de que algunos estén más dotados que otros para el magisterio cristiano (Hec. 13:1; Rom. 12:7; I Tim. 5:17).

La misión del pastor-maestro, por su naturaleza compleja, se lleva a cabo de diversos modos: predicación, instrucción sistemática, cura de almas, organización y dirección, etc. Pero de todo ello nos ocuparemos ampliamente en las partes II y III de esta obra.

Antes de concluir este capítulo, quizá conviene subrayar lo que ya apuntamos más arriba, que ninguna forma de ministerio es exclusiva. El evangelista precisa de capacidad pastoral a la par que el pastor ha de tener visión y celo evangelísticos. Cuando Timoteo recibió la primera carta de Pablo, estaba ocupado en un trabajo eminentemente pastoral; pero el apóstol le dice: «Haz la obra de evangelista» (II Tim. 4:5). El mismo, Pablo, ejemplo admirable de pastor y maestro, no perdió jamás de vista su responsabilidad misionera. Todo pastor debe tener corazón sensible y ojos abiertos a la multitud que, fuera de la Iglesia, anda descarriada. Y debiera verla con la misma compasión con que Jesús contempló a las multitudes desamparadas y dispersas de su día (Mat. 9:36). Cuando ministro e iglesia se encierran en sí mismos, preocupados tan solo por su propia edificación, pero ajenos a las necesidades del mundo exterior, están siendo desleales a la plenitud de su vocación. Y están sellando su destino inevitable: decadencia —en el mejor de los casos— o extinción.

.....

CUESTIONARIO

1. *¿Qué relación existe entre la labor de los ministros de Cristo y el ministerio de la Iglesia?*

2. *¿En qué se diferencia el ministerio cristiano de las profesiones humanas?*
3. *¿En qué aspectos puede considerarse a Cristo ejemplo de sus ministros?*
4. *¿Cómo pueden relacionarse en la práctica la evangelización y la enseñanza?*
5. *¿En qué sentido puede aplicarse el título de «profeta» al predicador de hoy?*

